

Ya nadie recuerda á Jena, á Marengo ni á Wagram.

Ahora solo se habla del duque de Enghien, de Jaffa, del 18 Brumario.

Se olvida al héroe y no se vé más que al déspota.

La caricatura comienza á adquirir perfil de César.

Qué personajes le rodean!...

Hay gentes ya que confunden al tío con el sobrino; á la gloria del Eliseo y á la vergüenza de la Francia.

El parodista toma los aires de jefe de administracion.

Oh! A su inmenso esplendor no le faltaba más que esa inmensa mancha; Luis Napoleon es peor que Hudson Lowe, porque Hudson Lowe no era más que un carcelero, porque Hudson Lowe no era más que un verdugo; y el hombre que asesina verdaderamente á Napoleon es Luis Bonaparte. Hudson Lowe no le mató más que la vida, y Luis Bonaparte mata su gloria. Ah, desgraciado! Todo lo toma, todo lo destruye, todo lo mancha, todo lo deshonorra; no puede tomar nada sin empañarlo con el vaho de sus crímenes.

Para su asechanza escoge el mismo mes, el mismo dia de Austerlitz. Vuelve de Satory como se vuelve de Aboukir. Hace salir no sé qué ave nocturna del 2 de Diciembre y la coloca sobre la bandera de Francia, diciendo: ¡Soldados, hed aquí el águila!

Toma de Napoleon el sombrero y de Murat la pluma.

Tiene su etiqueta imperial, sus chambelanes, sus ayudantes de campo, sus cortesanos.

En la época del emperador, éstos eran reyes; en su reinado son lacayos.

Tiene política propia; su 13 Vendimario propio, su 18 Brumario propio. Pretende también compararse. En el Eliseo ha desaparecido Napoleon el Grande; ahora se dice: *el tío Napoleon*.

El hombre del destino ha pasado ya.

El completo no es el primero, es el que ahora gobierna.

El primero solo vino á preparar la cama al segundo.

Luis Bonaparte, rodeado de criados y de mujeres, acomoda á los deseos de su mesa y de su alcoba la coronacion, lo sagrado, la Legion de Honor, el campo de Boloña, la columna Vendôme, Lodi, Arcola, San Juan de Acre, Eylau, Friedland, Champaubert...

Ah, franceses! ¡Mirad al cerdo lleno

de lodo cómo se oculta en vuestra piel de leon!

LIBRO QUINTO

El parlamentarismo.

I.

Un dia (han pasado sesenta y tres años desde entonces) el pueblo francés, dominado por una familia desde hacia ochocientos años, oprimido por los barones hasta Luis XI, y desde Luis XI por los Parlamentos, es decir, y para emplear la sincera expresion de un gran señor del siglo diez y ocho, "comido primero por los lobos y despues por los piojos"; encerrado en provincias, en castellanías, en bailías y en senescalías; explotado, estrujado, oprimido, cortado, pelado, repelado, raído, roído y vilipendiado; cargado con multas por el solo placer de los señores; gobernado, llevado, vuelto, revuelto, arrastrado, torturado, azotado y marcado con un hierro candente por un juramento; condenado á las galeras por el grave delito de matar un conejo en dominios del rey; ahorcado por cuestion de cinco sueldos; prestando sus millones á Versalles y su esqueleto á Montfaucon; cargado de prohibiciones, de ordenanzas, de patentes, de cartas reales, de edictos bursátiles y rurales, de leyes, de códigos, de usanzas; agobiado por gabelas, por censos, por impuestos, por manos muertas, por contribuciones y sisas, por diezmos, por peajes, por servicios, por quiebras; aplacado con el baston llamado cetro; sudoroso, sofocado, gimiendo sin descanso, coronado, puesto de rodillas, como bestia de carga más que como nacion; un dia, en fin, decimos, el pueblo francés se levantó de repente, quiso ser hombre, y metióse en la cabeza pedir cuentas á la monarquía, pedir cuentas á la Providencia y liquidar sus diez y ocho siglos de miseria y de opresion, de esclavitud y de barbarie; tuvo un arranque maravilloso.

II.

Eligieron un vasto salon, que rodearon de gradas; despues con varias maderas construyeron en medio de él una especie de estrado. Cuando se terminó esta operacion, lo que entonces se llamaba la nacion, esto es, el clero de sotanas encarna-

das y violadas, la nobleza empenachada de blanco y con la espada al cinto, y la burguesía vestida de negro, vinieron á sentarse en aquellas gradas. Apenas tomaron asiento, subió al estrado y se irguió en él una figura extraordinaria.

Qué mónstruo es ese? preguntaron unos.

Qué gigante es ese? preguntaron otros.

Era un sér singular, inesperado, desconocido, salido de improviso de la oscuridad, que producía miedo y fascinaba.

Una enfermedad repugnante le habia dado á su fisonomía la forma del tigre; parecia que todos los vicios habian depositado sus fealdades en su cara, y vestia como la burguesía, de negro, mejor dicho, de luto. Su mirada de leon deslumbraba á la Asamblea; parecia que acriminaba y que amenazaba. Todos le observaban con curiosidad que participaba del terror.

Hizo ademán de hablar y todos guardaron silencio. Entonces se vió salir de aquel sér tan deforme la palabra más elocuente y sublime.

Era la voz del mundo nuevo que hablaba por boca del mundo antiguo; era el 89 que se levantaba de pié y que interpelaba, acusaba y denunciaba á Dios y á los hombres todas las fechas fatales de la monarquía; era el pasado bajo su figura augusta, el pasado al que acardinalaban las ligaduras, que aparecia con la espalda marcada, esclavo desechado, viejo presidiario; el pasado infeliz, que llamaba á grandes gritos al porvenir, al porvenir libertador.

Hé aquí lo que era aquel desconocido; hé aquí lo que hacia en la tribuna.

A su palabra, que por momentos se transformaba en trueno, preocupaciones, ficciones, abusos, supersticiones, errores, intolerancia, ignorancia, fiscalizaciones infames, penalidades bárbaras, autoridades caducas, magistraturas carcomidas, códigos decrepitos, leyes corrompidas; todo lo que, en fin, debia perecer, sufrió una convulsion terrible y comenzó á derrumbar el edificio de todos los absurdos.

Esta aparicion formidable dejó grabado un nombre en la memoria de los hombres.

Deberia llamarse la Revolucion y se llama Mirabeau.

III.

El dia en que Mirabeau puso el pié en el estrado, el estrado se transfiguró y nació la tribuna francesa.

La tribuna francesa! Seria preciso escribir un libro para decir lo que esta palabra encierra.

La tribuna francesa es, desde hace sesenta años, la boca abierta del espíritu humano. Del espíritu humano diciéndolo todo, mezclándolo todo, combinándolo todo; el bien, el mal, la verdad, lo falso, lo justo, lo injusto, lo alto, lo bajo, lo horrible, lo hermoso, el ensueño, la realidad, la pasion, la razon, el amor, el ódio, lo material, lo ideal; y creó las tinieblas para sacar de ellas la luz del dia, formando con su trabajo sublime y eterno el caos para sacar de él la vida, creando la revolucion para obtener con ella la República.

¿Y cómo poder contar lo que ha pasado en esta tribuna, lo que ella ha visto, lo que ha hecho, ni las tempestades que la han combatido, los acontecimientos que ha originado, los hombres que la han hecho estremecer con sus clamores, los hombres que la han hecho sagrada con su palabra sublime?

Despues de Mirabeau, Vergniaud, Camilo Desmoulins, Saint-Just, el jóven severo; Danton, el tribuno enorme, y Robespierre, la encarnacion de la virtud inmensa y terrible, son los que más la han enaltecido.

De ella han salido interrupciones feroces como las que siguen:

—Cómo! exclama un orador de la Convencion; ¿sois vos el que hoy pretende cortarme la palabra?

—Sí, responde una voz, y el cuello mañana; y apóstrofes tan soberbios como éste:

—¡Ministro de la Justicia, dice el general Foy á un guardasellos inícuo; os condeno al salir de este recinto á mirar la estatua de l' Hôpital!

En ella se ha litigado todo, como acabamos de decir, lo mismo las malas causas que las buenas; pero las buenas son las que únicamente han salido victoriosas.

En ella, en presencia de resistencias, de negaciones y de obstáculos, tanto los partidarios del porvenir como los partidarios del pasado, se han acalorado y han perdido la paciencia.

En ella hemos visto fulgurar con violencia la verdad y al sofisma con furor y enojo; de ella han salido todos los extremos.

En esa tribuna ha tenido su orador la guillotina, que fué Marat, y la Inquisicion el suyo, que fué Montalembert; terrorismo en nombre de la salvacion

del pueblo y terrorismo en nombre de Roma; en ambas bocas fiel, pero angustioso para el auditorio. Cuando el primero hablaba, creían los oyentes ver deslizar una cuchilla; cuando hablaba el segundo, parecía oírse chisporrotear la hoguera.

En ella han combatido los partidos, con encarnizamiento todos, con gloria algunos.

En ella el poder real ha violado el derecho popular en la persona de Manuel, declarado augusto por la historia en virtud de dicha violación.

En ella han aparecido, desdeñando el pasado que servían, dos ancianos melancólicos; Royer-Collard, la probidad alta, y Chateaubriand, el genio amargo.

En ella Thiers, representante de la astucia, ha luchado contra Guizot, representante de la fuerza.

En ella se ha esgrimido, se ha dirigido, se ha combatido, se ha agitado la evidencia como una espada.

En ella, durante más de un cuarto de siglo, los odios, los rencores, las supersticiones, los egoísmos, las imposturas, insultando, silbando, apostrofando, alzándose, retorciéndose, dirigiendo siempre las mismas calumnias, mostrando siempre el mismo puño cerrado, escupiendo hasta á Cristo con las mismas salivas, se han aglomerado como una nube borrascosa alrededor de tu faz serena, inmutable, santa y hermosa verdad!...

IV.

Todo fué en la tribuna francesa, antes de la traición de Bonaparte, tumultuoso, ardiente, fecundo y grande; pero resultaban siempre de dos nubes tempestuosas chispas deslumbradoras; de sus nubarrones salía la claridad.

Todo lo que podía hacer la tempestad era agitar el rayo y transformarlo en relámpago.

Allí, en aquella tribuna, se ha propuesto, analizado, aclarado y casi siempre resuelto todas las cuestiones; cuestiones financieras, de crédito, de trabajo, de circulación, de salario, de Estado, de territorio, de paz y de guerra.

Desde dicha tribuna se pronunció por primera vez la siguiente frase, que resume toda una sociedad nueva: "Los Derechos del hombre."

En ella se ha oído sonar durante cincuenta años el yunque en el cual herreros humanos forjaban ideas puras; las ideas, que son la espada del pueblo, las

lanzas de la justicia, los armamentos del derecho.

Allí, penetrado súbitamente de simpáticos efluvios como áscuas que se encienden al agitarse el viento, todos se transformaban en grandes oradores, los elocuentes abogados Ledru-Rollin y Berryer; los grandes historiadores, como Guizot; los grandes poetas, como Lamartine. Aquella tribuna era un palenque en que luchaban la fuerza y la virtud.

Dió é inspiró todos los sacrificios, todas las abnegaciones, todas las energías, todas las heroicidades.

Un día vióse envuelta la tribuna en la sombra; parecía que gravitaba sobre un abismo; oíase como salir en la oscuridad el mugido de un mar, cuando de improviso de aquella noche lúgubre, de aquel pedestal de mármol, al cual se agarraba con fuerza la mano de Danton, vióse aparecer una pica llevando una cabeza. Boissy de Anglas saludó.

Fué aquel día un día amenazador. Pero el pueblo no derriba las tribunas, por más que sabe que las tribunas son suyas. Alzad una tribuna en el centro del mundo y vereis al poco tiempo levantarse la República en los cuatro ángulos de la tierra. La tribuna lanza sus rayos para alumbrar al pueblo, que no lo ignora.

Algunas veces la tribuna irrita y em bravece al pueblo, que lucha por su palabra, la defiende lo mismo que en el 15 de Mayo, retirándose despues majestuosamente como el Océano, dejándola en pie como un faro.

Derribar las tribunas, perteneciendo al pueblo, es una necedad; eso no es más que una buena ocupación para los tiranos.

Cuando el pueblo se sublevaba, se irritaba, se indignaba, era porque algún error generoso se apoderaba de él, porque alguna ilusión le fascinaba; cuando se engañaba sobre un hecho, sobre un acto, sobre una medida ó sobre una ley, enco lerizábase, salía de su soberbia calma, en donde radica su mayor fuerza, corría por las calles con rugidos sordos y saltos formidables y comenzaba una sublevación, una insurrección, la guerra civil, quizá una revolución.

Peño la tribuna estaba allí. Una voz querida alzábase diciendo al pueblo: Detente, mira, escucha, juzga!...

Si forte virum quem conspexere, silent; esto era verdad en Roma lo mismo que lo era en París; el pueblo se detenía.

Oh, tribuna! pedestal de hombres valerosos, fuente de donde brotaba la elocuencia, la ley, la autoridad, el patriotismo, la abnegación y los grandes pensamientos, frenos del pueblo, bozales de los leones, yo te saludo!

Durante sesenta años toda clase de espíritus, todo género de inteligencias, toda especie de géneos han tomado sucesivamente la palabra en aquel lugar, el más sonoro del mundo.

Desde la primera Constituyente hasta la última, desde la primera legislativa hasta la última, á través de la Convención, de los Consejos y de las Cámaras, contad si podeis los hombres que han tomado la palabra en ella. Es una enumeración de Homero. Seguid la série. ¡Qué de figuras, contrastando desde Danton hasta Thiers! ¡Qué de figuras, semejantes desde Barrere hasta Baroche, desde Lafayette hasta Cavaignac!

A los nombres que ya hemos indicado, Mirabeau, Vergniaud, Danton, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Manuel, Foy, Royer-Collard, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Ledru-Rollin, Berryer, Lamartine, añadid estos otros, diversos, enemigos á veces, sábios, artistas, hombres de Estado; militares, juriscultos, demócratas, monárquicos, liberales, socialistas, republicanos, famosos todos, algunos ilustres, llevando cada uno la aureola que le es propia: Barnave, Cazalez, Maury, Mounier, Thouret, Chapelier, Pétion, Buzot, Brissot, Sieyès, Condorcet, Chénier, Carnot, Lanjuinais, Pontécoulant, Cambacéres, Talleyrand, Fontanes, Benjamin Constant, Casimir Périer, Chauvelin, Voyer d'Argenson, Laffitte, Dupont (de l' Eure), Camilo Jordan, Lainé, Fitz, James, Bonald, Villèle, Martignac, Cuvier, Villemain, los dos Lameth, los dos David, el pintor del 93, el escultor del 48; Lamarque, Mauguin, Odilon Barrot, Arago, Garnier-Pagés, Luis Blanc, Marc Dufraisse, Lamennais, Emilio de Girardin, Lamoricière, Dufaure, Crémieux, Michel (de Bourges), Julio Favre...

¡Qué de talentos, qué de aptitudes diversas, qué de servicios prestados! ¡Cuántas luchas de las verdades contra los errores! ¡Cuántos cerebros trabajando! ¡Cuántos trabajos en provecho del progreso! ¡Cuánta filosofía, pasión, convicción, experiencia, simpatía y elocuencia! ¡Cuánto calor fecundante esparcido! ¡Qué inmensos efluvios de luz!

Y eso que nosotros no los hemos indicado todos. Para servirnos de una ex-

presión que usa algunas veces el autor de este libro, diremos que "hemos pasado en silencio los mejores."

Ni siquiera hemos mencionado á la valiente legión de jóvenes oradores que se levantaban en la izquierda estos últimos años: Arnauld (de l' Ariège), Bancel, Chauffour, Pascal Duprat, Esquiros, de Flotte, Farcounet, Víctor Hennequin, Madier de Montjau, Morellet, Noël Parfait, Pelletier, Sain, Versigny.

Insistamos en ello: partiendo desde Mirabeau, ha existido en el mundo, en la sociedad humana, dentro de la civilización, un punto culminante, un lugar central, un foco, una cúspide. Esta cúspide fué la tribuna de Francia; admirable punto de vista para la marcha de las generaciones, cima deslumbradora en la apacibilidad de los tiempos, faro radiante en la oscuridad de las catástrofes. Desde los extremos del universo inteligente, todos los pueblos fijaban su mirada en esa cima donde radiaba el espíritu humano; y cuando alguna repentina noche los envolvía, oían llegar hasta ellos una poderosa voz que les hablaba en las tinieblas: *Admonet et magna testatur voce per umbras.*

Voz que de pronto, cuando la hora había llegado, como el canto del gallo anunciando el alba, como el graznido del águila llamando al sol, resonaba como clarín de guerra ó como la trompeta del juicio final, y hacia poner de pié, terrible, agitando sus sudarios, buscando las espadas en sus sepulcros, á todas esas heroicas naciones muertas: la Polonia, la Hungría, la Italia.

Y entonces, á esa voz de la Francia, abríase el cielo espléndido del porvenir; los viejos despotismos, avergonzados y espantados, doblaban la frente en las tinieblas de abajo; aparecía la Libertad; el arcángel de los pueblos, apoyando los piés en el espacio, blandiendo la flami-jera espada con la frente adornada de estrellas, con las alas abiertas, mecíendose en la inmensidad etérea.

V.

Dicha tribuna era el terror de todos los tiranos y de todos los fanatismos; era la esperanza de todo lo que vive oprimido bajo del cielo. Todos, cualesquiera que fuese el que ponía el pié en aquella cumbre, sentía distintamente los latidos del gran corazón de la humanidad.

Allí, si era hombre honrado, su alma se agrandaba por momentos y traspasaba resplandeciente aquel círculo; algo

de universal se apoderaba de él y henchía su espíritu como las brisas hinchan las velas; tanto, que mientras se erguía sobre aquellas cuatro tablas, considerábase más poderoso y de mejor condición; sentíase en aquel momento sagrado nutrirse de la vida colectiva de las naciones; profería palabras de bondad para con todos, y contemplaba fuera de la Asamblea, agrupado á sus piés y á menudo tumultuoso, el pueblo atento y grave, prestando oído é imponiéndose silencio, y más allá del pueblo al género humano, pensativo, sentado en círculo y escuchando.

Tal era aquella gran tribuna desde cuya alta cumbre el hombre hablaba al mundo.

Desde esa tribuna, sin cesar vibrantes partían perpétuamente, así como ondas sonoras, inmensas oscilaciones de sentimientos y de ideas, que, de zona en zona y de pueblo en pueblo, esparcíanse por todos los confines de la tierra, removiendo esas olas inteligentes que llamamos almas.

A menudo, no se sabe por qué, tal ley, tal construcción, tal institución, hacia vacilar allá á lo lejos, más allá de las fronteras, más allá de los mares, ya el papado allende los Alpes, ya el trono del czar en un extremo de Europa, ya la esclavitud en América, ó la pena de muerte en todas partes. Y era que la tribuna de Francia se había estremecido, pues en ciertos momentos, un estremecimiento de esta tribuna producía un temblor en todo el globo.

Cuando la tribuna de Francia hablaba, todo lo que piensa en el mundo recapacitaba; las palabras proferidas internábanse en la oscuridad, á través del espacio, al azar, sin saber dónde:—No es más que viento y ruido, decían las almas estériles que solo viven de la ironía;—y á la mañana siguiente, ó á los tres meses despues, lo más tarde un año, algo venía con estrépito al suelo, ó algo surgía de repente.

¿Quién había producido aquello?

Aquel ruido que se había desvanecido, aquella onda que había pasado, porque aquel ruido y aquella onda eran el Verbo.

Oh fuerza sagrada y omnipotente!

Del Verbo de Dios salió la creación de los séres; del Verbo del hombre saldrá la sociedad de los pueblos.

VI.

Una vez puesto en la tribuna, el hom-

bre que la ocupaba no era ya el hombre; era el labrador misterioso que se vé á la caída de la tarde, durante el crepúsculo, caminando á grandes pasos por entre los surcos y lanzando en el espacio, con imperioso gesto, los gérmenes, las simientes, la mies futura, la riqueza del verano próximo, el pan, la vida.

Era el labrador que vá, viene, reforma, abre su mano y la vacía, y vuelve á llenarla para vaciarla otra vez, y que á su impulso cambia la llanura sombría, se entreabre la profunda naturaleza, comienza su trabajo el abismo ignoto de la creación, descienden las suspendidas gotas de rocío, el tembloroso tallo de avena se agita pensando que la espiga de trigo le sucederá, y el sol, oculto tras del horizonte, complacido al ver el trabajo del hombre, lo fecundará con su calor vital.

El orador es un sembrador. Toma de su corazón los instintos, las pasiones, las creencias, los sufrimientos, los sueños, las ideas, arrojándolas á manos llenas en medio de los hombres. Todo cerebro es para él un surco.

Toda palabra caída desde la tribuna echa siempre raíces en alguna parte y produce al fin su fruto.

Tal vez me direis, encogiéndoos de hombros:—Eso son ilusiones; todo eso se reduce á un hombre que habla.

Sois espíritus ciegos que no veis que el tribuno es el porvenir que germina, es el mundo moderno que se entreabre como capullo de misteriosa flor.

VII.

Dos grandes problemas que ha de resolver la humanidad; la extinción de la guerra y la continuación de la conquista.

Esas dos grandes necesidades de la civilización creciente parecían excluirse. ¿Cómo satisfacer la una sin perjudicar la otra?

¿Quién podía resolver los dos problemas á la vez? ¿Quién los resolvía?

La tribuna.

Porque la tribuna es al mismo tiempo la paz y la conquista.

¿Quién desea las conquistas por medio de la espada? Nadie, porque los pueblos son párias.

¿Quién desea las conquistas por medio de la idea? El universo entero, porque sabe que los pueblos son la humanidad.

Solo dos tribunas brillantes dominaban las naciones; la tribuna inglesa, que creaba los negocios, y la tribuna francesa, que creaba las ideas.

La tribuna francesa había elaborado desde el 89 todos los principios que constituyen lo absoluto en política, y había comenzado á elaborar desde el 1848 todos los principios que constituyen lo absoluto social.

Una vez sacado un principio del fondo de los limbos y expuesto á la luz del día, la tribuna le arrojaba en mitad del mundo armado de todas armas, diciéndole:—Anda!

El principio conquistador entraba en campaña; encontraba en las fronteras á los carabineros, pero pasaba á pesar de los perros del guarda; encontraba los centinelas á las puertas de las ciudades, pero pasaba también á pesar de sus consignas; tomaba el tren, subía á los buques, recorría los continentes, atravesaba los mares, dirigíase á los caminantes, sentábase en el hogar de las familias, se deslizaba entre el amigo y el amigo, entre el hermano y el hermano, entre el esposo y la esposa, entre el señor y el esclavo, entre el pueblo y el rey, y á los que le preguntaban:—¿Quién eres?—Soy la verdad, respondía; y á los que le preguntaban:—¿De dónde vienes? contestaba:—Vengo de Francia.

Entonces el que le había preguntado le tendía la mano; y esto era mejor que conquistar una provincia, porque era anexionar una inteligencia.

Desde entonces, entre París, la metrópoli, y aquel hombre aislado en su soledad, y aquella ciudad perdida en el fondo de los bosques ó de las estepas, y aquel pueblo encorvado bajo el yugo, establecíase una corriente de amor y de ideas.

Bajo la influencia de estas corrientes, ciertas nacionalidades se debilitaban; otras se fortificaban y realizaban. El salvaje se sentía menos salvaje, el turco menos turco, el ruso menos ruso, el húngaro menos húngaro y el italiano más italiano.

Lentamente y por grados, el espíritu francés llegaba al fin, por el progreso universal, á asimilarse las naciones.

Gracias á la admirable lengua francesa, compuesta por la Providencia con un maravilloso equilibrio de suficientes consonantes para que pueda ser pronunciada por los pueblos del Norte, y de bastantes vocales para ser pronunciada por los pueblos del Mediodía; gracias á esta lengua, que es una potencia de la civilización y de la humanidad, poco á poco, y por su sola radiación, conquistaba esa alta tribuna central de París va-

rios pueblos, haciéndoles formar parte de Francia.

La frontera material de Francia era la que ella pudo conseguir; pero no había tratados desde 1815 que limitaran la frontera moral.

Esta avanzaba sin cesar y se dilataba de día en día; y puede que antes de un cuarto de siglo se diga: "El mundo francés," como se dijo: "El mundo romano."

Hé ahí lo que era, hé ahí lo que hacía por la Francia la tribuna, prodigioso púlpito de ideas, gigantesca palanca de civilización, llevando eternamente el nivel de las inteligencias en el universo entero y derramando en toda la humanidad raudales enormes de luz.

¡Esa tribuna es lo que Luis Bonaparte ha suprimido!

VIII.

Luis Bonaparte ha destruido esa tribuna; ha destrozado, pulverizado, aplastado, desgarrado con la punta de sus bayonetas y arrojado á los piés de sus caballos esa tribuna sublime, potencia creada por nuestros grandes acontecimientos revolucionarios.

Su tío había emitido este aforismo: "El trono es una tabla cubierta de terciopelo."

Y así como el tío, el sobrino ha emitido el suyo: "La tribuna es una tabla cubierta de una tela, sobre la que se lee: *Libertad, Igualdad, Fraternidad.*"

Y ha arrojado la tabla, la tela, la libertad, la igualdad y la fraternidad al fuego de un vivac, reduciéndolas á una risotada de los soldados y á un poco de fuego.

Pero es verdad eso? Es posible? ¿Ha pasado así? Se ha visto semejante cosa?

Oh, Dios mio, sí! Sucedió sencillamente.

Para cortar la cabeza de Ciceron y clavar sus manos en las rostras bastaron dos Brutos; uno que tuviera una cuchilla y otro que tuviera clavos y martillo.

La tribuna encerraba tres elementos para la Francia: un medio de iniciación exterior, un procedimiento de gobierno interior y una gloria; y por ella, Francia enseñaba á los pueblos y los conquistaba por el amor; pero de qué servía eso?

Luis Bonaparte suprimió la iniciación, suprimió la forma de gobierno, sustituyéndola por el suyo, que le parecía mejor; ha soplado á la gloria y la apagó; porque ciertos soplos son hálitos emponzoñados.

Atentar contra la tribuna es un crimen inveterado en su familia. El primer Bonaparte le había cometido ya, pero al menos lo que trajo para reemplazar en Francia aquella gloria era también gloria y no ignominia.

Mas Luis Bonaparte no se ha contentado con derribar la tribuna, sino que ha querido ridiculizarla. Al cabo y al fin es una hazaña como otra cualquiera y cosa natural para el que no sabe decir dos palabras seguidas, para el que es tartamudo de palabra y de inteligencia y tiene la inocencia ó el descaro de mofarse de Mirabeau.

Decía el general Ratapoil al general Foy:

—Cállate, charlatan!

Exclamaba Luis Bonaparte en cierta ocasión:

—Qué es la tribuna? es el "parlamentarismo".

Hé ahí de qué modo se enriquece el diccionario.

¡Ese académico de golpes de Estado también inventa palabras!

Y, en efecto, por eso es uno bárbaro, para sembrar de vez en cuando algún barbarismo.

Porque Bonaparte también es un sembrador, solo que su simiente no germina más que en el cerebro de los necios.

El tío tenía á los "ideólogos"; el sobrino tiene á los "parlamentaristas".

Parlamentarismo, señores míos! ¡parlamentarismo, señorías mías! Es la palabra que responde á todo.

Alguno de ustedes se atreverá á aventurar esta tímida observación:

—Sin duda debe ser repugnante que se haya arruinado tanta familia, deportado tantos hombres, proscripto tantos ciudadanos, llenado tantas parihuelas, abierto tantas fosas, vertido tanta sangre...

—Cómo! replica una voz ahuecada con acento holandés, ¿os condoleis acaso del "parlamentarismo?"

Salid de aquí!

El parlamentarismo es un magnífico hallazgo.

Doy mi voto á M. Luis Bonaparte para la primera vacante en el Instituto.

Qué! os extraña? ¡Es preciso elevar la neología!

Ese hombre que sale del osario; ese hombre que sale manchado de una horrible carnicería; ese hombre que tiene aun las manos humeantes de la sangre como un cortador, se rasca la oreja, sonrío é inventa voces como Julia de Angennes y mezcla la fragancia del pa-

lacio de Rambouillet con el perfume de Montfaucon.

Esto es muy raro.

Pero le votaremos los dos, ¿no es verdad, señor de Montalembert?

II.

El "parlamentarismo", pues, es decir, la garantía de los ciudadanos, la libertad de discusión, la libertad de imprenta, la libertad individual, el registro del impuesto, la claridad en las entradas y los gastos, la cerradura de seguridad del Erario público, el derecho de saber lo que se hace de vuestro dinero, la solidez del crédito, la libertad de conciencia, la libertad de cultos, el punto de apoyo de la propiedad, el recurso contra las confiscaciones y los despojos, la seguridad del individuo, el contrapeso de la arbitrariedad, la dignidad de la nación, el esplendor de la Francia, las buenas costumbres de los pueblos libres, la iniciativa pública, el movimiento, la vida, en fin, ya no existe. Todo ha sido borrado, aniquilado, destruido, desvanecido.

Todo este rescate ha costado apenas á la Francia unos veinticinco millones, repartidos entre doce ó quince salvadores, y cuarenta mil francos de aguardiente por brigada.

Verdaderamente no es muy caro; han trabajado con bastante rebaja esos señores del golpe de Estado.

En el día todo está hecho perfecto y completo. La yerba brota en el palacio de Borbon; un bosque virgen comienza á crecer entre el puente de la Concordia y la plaza de Borgoña; por entre la maleza se distingue la garita de un centinela; el Cuerpo legislativo derrama su urna de agua en los cañaverales, corriendo luego con dulce murmullo al pie de esa garita.

En el día todo está terminado; la gran obra está completa.

Y los resultados de todo eso!...

¿Saben los franceses que hay señores particulares que han ganado casas en la ciudad y casas de campo, solo por el ferrocarril de circunvalación?

Ea, haced negocios, regalaos, llenad el estómago, porque no se trata ya de constituir un gran pueblo, un pueblo poderoso, una nación libre, un foco de luz. Francia no necesita ver más claro despues del maravilloso resultado que se ha obtenido.

La Francia vota á Luis Napoleon, engorda á Luis Napoleon, contempla á Luis Napoleon y admira á Luis Napo-

leon como una estúpida. Hemos llegado á la meta de la civilización.

En el día, eso sí, tenemos más ruido, más alboroto, más discursos, más parlamentarismo.

Como que el Cuerpo legislativo, el Senado y el Consejo de Estado son bocas cosidas.

Ahora no hay que pensar en poder leer por la mañana, al despertarnos, algún hermoso discurso.

Todo lo que pensaba, meditaba, creaba, hablaba, brillaba y deslumbraba en este gran pueblo ha perecido.

¡Franceses, sed dignos; levanta la cabeza! ¡Observad que no sois nada y que aquel hombre lo es todo! ¡En su mano tiene encerrada vuestra inteligencia, como el niño un pajarillo, y el día que le plazca dará un puñetazo al génio de Francia para tener un tumulto menos!

Entre tanto, repitámoslo á coro: ¡más parlamentarismo, más tribuna!

En vez de esas elocuentes palabras que dialogaban para enseñanza del mundo, y constituían una la idea, la otra el hecho, ésta el derecho, esotra la justicia, aquella la gloria, estotra la fé, tal la esperanza, cual la ciencia y alguna el génio, y que instruían, encantaban, tranquilizaban, consolaban, alentaban, fecundizaban; en vez de esas sublimes palabras, decimos, ¿sabéis qué es lo que se oye en medio de la tenebrosa noche que envuelve á la Francia? El ruido de una espuela que suena y de un sable que se arrastra por el suelo.

—Aleluya! exclama M. Sibour.

—Hosanna! responde M. Parisis.

—Oprobio y baldon! repiten los ecos.

LIBRO SEXTO

La absolución.

Los 7.500.000 votos.

II.

No soñeis, nos dicen algunos; todos los hechos que calificais de crímenes son ya "hechos consumados", y por consiguiente respetables; están ya aceptados, legitimados y absueltos; todo lo que contra ellos declamais es inútil.

—¿Quién y por qué se han aceptado, legitimado y absuelto?

—Por medio de una votación.

—Por qué votación?

TOMO III.

—Por el sufragio universal de siete millones quinientos mil votos.

—Efectivamente; se ha dado un plebiscito y se ha verificado una votación y han hablado siete millones quinientos mil votos, ó lo que es lo mismo, quinientos electores han dicho que sí.

Vamos á ocuparnos de esto.

III.

Un bandido detiene una diligencia en el recodo de un bosque.

Es el jefe de una cuadrilla de bandidos.

Los viajeros, aunque son más numerosos, no pueden defenderse, porque van separados, divididos en compartimientos y casi dormidos, y los ha sorprendido á media noche.

El bandido, valiéndose de tales circunstancias, ordénales bajar, no lanzar un grito, no decir una palabra y echarse boca á tierra.

Algunos resisten, pero una bala les hace saltar los sesos.

Los otros obedecen y se tienden en el suelo, mudos, inmóviles, aterrorizados, confundidos con los muertos y semejantes á los muertos.

El bandido, mientras que sus cómplices sujetan á los viajeros con el pié puesto en los riñones y la pistola sobre la sien, registra los bolsillos, fuerza las maletas y roba todos los objetos de valor; ya vacíos los bolsillos, las maletas forzadas y el golpe de Estado terminado, les dice:

—Ahora, para ponerme á salvo de la justicia, he escrito en un papel que vosotros reconocéis que me pertenece todo cuanto os he robado, y también que me lo concedéis todo de buena voluntad. Deseo que me lo escribais y firméis así. Se os vá á poner á cada uno una pluma en la mano; y sin decir palabra, sin hacer un gesto, sin dejar la actitud en que estais... (siempre boca abajo y con la cara en el lodo)... extendereis el brazo derecho y firmareis todos ese papel. Si alguien se mueve ó habla, aquí tengo la boca de mi pistola para que le conteste. Por lo demás, sois libres.

Los viajeros extienden el brazo y firman.

Terminada la operación, el bandido levanta la cabeza y dice:

—¡Tengo siete millones quinientos mil votos.

III.

Luis Bonaparte es el jefe de dicha diligencia.